

Luis Fernando Trejos Rosero**

La política exterior del Estado colombiano (1958-2002).

Muchas continuidades con pocas rupturas*

The exterior politics of the Colombian State (1958-2002). Many continuities with few breaks

Recibido: 13 de julio de 2012 / Aceptado: 19 de septiembre de 2012

Palabras clave:

Política exterior,
Relaciones internacionales,
Dependencia, Narcotráfico, Conflicto.

Resumen

En este artículo de revisión se busca realizar un análisis crítico de la política exterior colombiana de las últimas cinco décadas, resaltando la dependencia que el Estado colombiano ha tenido con respecto a la política exterior de los Estados Unidos. En el caso colombiano, la necesidad del mercado y empréstitos estadounidenses, durante gran parte del siglo XX y más recientemente la incapacidad del Estado colombiano de controlar problemas que amenazan su seguridad interna, como lo son: el narcotráfico, el conflicto armado y recientemente el terrorismo, han hecho que en la relación con los Estados Unidos, se configure una dependencia casi estructural que solo ha presentado pocas rupturas en el último siglo.

Key words:

Foreign policy, International relations, Dependence, Drug trafficking, Conflict.

Abstract

In this article of review seeks to realize a critical analysis of the exterior Colombian policy of last five decades, highlighting the dependence that the Colombian State has had with regard to the exterior politics of the United States. In the Colombian case, the need of the market and American loans, during great part of the 20th century and more recently the disability of the Colombian State to control problems that threaten his internal safety, such as: the drug trafficking, the armed conflict and recently the terrorism, they have done that in the relation with the United States, forms a dependence almost structural that only has presented few breaks in the last century.

* Este artículo de revisión, hace parte de la investigación “La política exterior colombiana durante el siglo XX. Objetivos, medios y estrategias”, desarrollada en el marco del Grupo de Trabajo CLACSO “Conflictos sociales, acciones colectivas y políticas de transformación social”.

** Abogado, Doctor en Estudios Americanos (Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad Santiago de Chile). Docente catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la Costa (CUC), Barranquilla, Colombia. luifer_385@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Si bien como lo señala Van Klaveren (1983), las visiones estáticas en las relaciones internacionales dan pie a peligrosas simplificaciones alejadas de la realidad, y que todo análisis histórico profundo debe concebir las relaciones entre los dos extremos de América, como una sucesión de hechos con etapas marcadas y características propias. En cierta forma, porque las respuestas de América Latina con respecto a los Estados Unidos, han sido cambiantes y dinámicas. En el caso colombiano, la necesidad del mercado y empréstitos estadounidenses, durante gran parte del siglo XX y más recientemente la incapacidad del Estado colombiano de controlar problemas que amenazan su seguridad interna, como lo son: el narcotráfico, el conflicto armado y recientemente el terrorismo, han hecho que en la relación con los Estados Unidos, se configure una dependencia casi estructural que solo ha presentado pocas rupturas en el último siglo.

En 1823, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Jhon Quincy Adams, se refería a la potencialidad que los recursos colombianos bien organizados tendrían sobre el desarrollo del país, según Adams: “esos atributos harían que el país fuese llamado a ser en adelante una de las naciones más poderosas de la tierra” (Tokatlian, 2000, p. 35). El siglo XX, se inició con tensiones en las relaciones binacionales, debido a la secesión de Panamá en 1903, promovida activamente por los Estados Unidos.

Durante el gobierno del excanciller conservador Marco Fidel Suárez (1918-1921), se desarrolló la Doctrina Suárez, que se materializó en

el lema *Respice Polum* (mirar hacia la estrella del norte), mirar hacia los Estados Unidos, porque: “El norte de nuestra política exterior debe estar allá, en esa poderosa nación, que más que ninguna otra ejerce atracción respecto de los pueblos de América” (Tokatlian, 2000, p. 36). Esta política, que buscaba el establecimiento de una relación bilateral profunda en temas comerciales, fue el marco en el que se ha desarrollado un alineamiento histórico de Colombia a los Estados Unidos. Alineamiento que se estructuró desde 1923, con la llegada a nuestro país de la misión de asesoría económica Kemmerer. Esta misión, tenía como tarea central, asesorar al Gobierno colombiano sobre la mejor manera de invertir los 25 millones de dólares que los Estados Unidos le pagaron a Colombia, en compensación por la secesión de Panamá. La realización de una serie de reformas sugeridas por la Misión Kemmerer, buscaba asegurar la llegada de capitales y empréstitos norteamericanos.

Para Cepeda y Pardo (1989), la puesta en marcha de dichas reformas, fueron el punto de inicio del *Respice Polum*, en la política exterior colombiana. De esta manera, los bancos ingleses fueron desplazados por los créditos provenientes de los Estados Unidos. Al finalizar la década del 20, la deuda externa colombiana era inquietante y en su casi totalidad se debía a los Estados Unidos.

Fue tal la influencia del *Respice Polum* en las relaciones internacionales colombianas, que en 1959, el entonces canciller Julio César Turbay Ayala, en un discurso frente a la Cámara de Representantes afirmaba:

He de decir aquí que el señor Suárez jugó un papel importantísimo en nuestras relaciones exteriores y levantó el nombre de Colombia hasta planos de extraordinaria altura y respetabilidad dentro del concierto de los pueblos cultos. Su teoría *Respice Polum* (...) ha venido abriéndose campo en el continente (...) Cumplo, pues, con un deber de solidaridad y de admiración al insigne canciller Suárez, al declarar que en mi concepto, su aporte al prestigio internacional de Colombia ha sido uno de los más grandes (1959, p. 52).

En el plano militar, desde 1929 Colombia y Estados Unidos, habían iniciado contactos como parte de la planificación de la defensa del Canal de Panamá. Ya que para los Estados Unidos, era tema de preocupación la posibilidad de que una fuerza extrarregional, atacara militarmente el Canal desde suelo colombiano. En la misma línea, Tirado (1989), señala que desde 1948, Colombia autorizó misiones de entrenamiento del Ejército y la Aviación de los Estados Unidos, en el marco del programa hemisférico de defensa. En febrero de 1949 se firmó en Bogotá el Pacto de Asistencia y Asesoría Militar con los Estados Unidos para la provisión de equipo militar al Ejército y la Fuerza Aérea colombiana. Esta relación se mantendría y profundizaría en los años siguientes, llegando a convertirse el *Respice Polum*, en los inicios de la Guerra Fría, en: “una visión ideológica del papel de Colombia en el mundo, marcada por un férreo anticomunismo y una identificación sin matices con Estados Unidos” (Tokatlían, 2000, p. 37).

RESULTADOS DE INVESTIGACIÓN

El Frente Nacional (1958-1974)

Con la presidencia del liberal Alberto Lleras Camargo (1958), se da inicio al Frente Nacional. En ese momento, las puertas de la democracia se cerraron para todos aquellos grupos, partidos o movimientos políticos que no fueran liberales o conservadores. Contra esta realidad chocó el PCC y su nueva estrategia de apertura legal (electoral), ya que era un partido político legal pero no podía acceder a cargos públicos. Desde ese año, el Estado de Sitio y la exclusión de terceras fuerzas políticas serán una constante en la historia de Colombia.

En el escenario internacional, el Frente Nacional mantuvo su estrecho vínculo con Estados Unidos. En 1959, el canciller Julio César Turbay, en discurso pronunciado ante la Cámara de Representantes, indicaba:

Los Estados Unidos tienen la doble condición de ser nuestro más grande y poderoso vecino y la primera potencia económica, científica y militar de los tiempos modernos. Nos movemos en la misma órbita y con ellos compartimos nosotros en la pequeña porción que corresponde a nuestras reducidas y limitadas capacidades la defensa de la civilización occidental (1959, p. 52).

En diciembre de ese mismo año, el Canciller colombiano, en un discurso pronunciado en Río de Janeiro, profundizaba la relación con los Estados Unidos, cuando sostenía que el aporte latinoamericano a la construcción de la paz internacional, se asociaba de manera directa con el

apoyo a la política internacional de los Estados Unidos. Según el canciller Turbay:

Los 20 votos de la América Latina en las Naciones Unidas son indispensables para inclinar las decisiones del gran foro mundial hacia la causa que abanderan a plena satisfacción nuestra los Estados Unidos. Pero no solo hemos estado obrando conjuntamente con aquella Nación en el campo político sino que hemos expresado nuestra solidaridad con ella llevando nuestras tropas a los campos de batalla y corriendo los riesgos propios de quienes participan en la guerra (1961, p. 159).

Para el Gobierno colombiano, la única manera de lograr instaurar el imperio de la paz en el escenario internacional, era apoyando irrestrictamente el accionar internacional de los Estados Unidos. Según Pardo (1987), de esta manera, Colombia manifestó su abierta disposición a declarar al “comunismo internacional” como enemigo del hemisferio, asumiendo así, los intereses norteamericanos como propios.

A nivel doméstico, hay que destacar lo referido al manejo autónomo (ajeno al control civil) que de la seguridad y el orden público, hicieran las Fuerzas Armadas colombianas, desde que el presidente Alberto Lleras Camargo, en mayo de 1958, formulara su doctrina, en el famoso discurso que pronunció frente a los Oficiales de las Fuerzas Armadas, destacados en Bogotá. En algunos apartes de dicho discurso, manifiesta textualmente:

Yo no quiero que las Fuerzas Armadas decidan cómo se debe gobernar la Nación, en vez

de lo que decida el pueblo, pero no quiero, en manera alguna que los políticos decidan cómo se deben manejar las Fuerzas Armadas, en su función técnica, en su disciplina, en sus reglamentos, en su personal (Valencia, 1992, p. 344-345).

Lo que el presidente Lleras buscaba, era mantener a los militares neutrales frente a los partidos tradicionales y evitar la repetición de un Golpe de Estado. De esta manera, desde 1958 hasta 1990¹, la Doctrina Lleras, fue el único lineamiento político global en materia militar. Marcándose de este modo, un largo periodo de autonomía militar frente al poder civil. Este vacío, en la conducción política de las acciones militares, fue suplido por un improvisado diseño de políticas castrenses que señalaban el papel de las Fuerzas Armadas en la sociedad. Papel marcado por la conversión de la protesta social en un asunto de orden público, cuyo tratamiento era exclusivo de las Fuerzas Armadas. Según Buitrago (1994), ante la ausencia, de una clara estrategia política, que condujera el esfuerzo militar del Estado, el anticomunismo contenido en la Doctrina de la Seguridad Nacional y marcado por la influencia de los Estados Unidos sobre el Ejército y el Estado colombiano, se convirtió en la directriz política que orientó el comportamiento militar durante cuatro décadas. En este contexto, la seguridad nacional se entendió bajo una amenaza permanente por parte de fuerzas

1. En agosto de 1991 se nombró el primer Ministro de Defensa Civil, Rafael Pardo Rueda, después de que en 38 años (1953-1991), el cargo fue ocupado por 17 generales.

nacionales e internacionales ligadas al comunismo.

La participación de militares norteamericanos en las operaciones contra los núcleos campesinos de orientación comunista, iba en la línea de la política exterior colombiana, si se revisa, un discurso pronunciado por el presidente Valencia, en los días posteriores a su posesión, citado por Lizarazo (1990), se verifica esta afirmación:

Desde el punto de vista de la política internacional el Gobierno seguirá las luminosas huellas de mi ilustre antecesor, que corresponden a la más egregia tradición colombiana en esta materia. Ubicada dentro de la organización hemisférica y del lado del mundo libre (...) nos consideramos dentro de la órbita de los Estados Unidos de América, como potencia hegemónica, y hoy lo hacemos además con fervor y entusiasmo porque la gran democracia del norte ha rectificado con nobleza, justicia y valor indiscutibles viejos métodos imperialistas (p. 4).

Durante este periodo, Colombia se mantuvo férreamente alineada con los Estados Unidos, apoyando la expulsión de Cuba del Sistema Interamericano, en enero de 1962. La situación cubana posibilitó la concreción de la vieja pretensión de varios países latinoamericanos de que los Estados Unidos, promovieran un plan de financiamiento que estimulara el desarrollo, a través de una masiva transferencia de recursos norte-sur. En este marco, el presidente John F. Kennedy, lanzó la Alianza para el Progreso, que en un primer momento se planteó la distribución

de veinte mil millones de dólares, para financiar proyectos en un lapso de 10 años.

La consolidación de la revolución cubana, hizo que Washington, considerara que el fomento de programas económicos, acompañados de reformas sociales, abonaría el camino para el surgimiento de gobiernos democráticos, dejando sin campo de maniobra los impulsos del comunismo en América Latina. En cierta forma, la Alianza para el Progreso marcó el punto de culminación de la contradicción de intereses presentes entre Latinoamérica, que propendía por dar prioridad a los temas económicos de la agenda, y los Estados Unidos, que ponían énfasis en los aspectos de seguridad y defensa. La amenaza que se desprendía desde Cuba, sobre Latinoamérica, precipitó la cooperación del hemisferio en contra del comunismo, cooperación que Washington consiguió no sin costos.

Colombia fue uno de los grandes beneficiarios de la Alianza para el Progreso. La estabilidad institucional generada por el régimen bipartidista (Frente Nacional), instalado en 1958, presentaba un escenario favorable para la recepción e inversión de recursos, más, cuando el pacto político vigente, subordinaba los asuntos políticos a los económicos, además del irrestricto compromiso colombiano en la contención del castrismo (Rojas, 2010). Según Mitchell, citado por Cepeda y Pardo (1989), entre 1962 y 1973, Colombia recibió ayudas financieras por parte de los Estados Unidos, por un valor de 1.203 millones de dólares. El tratamiento privilegiado para con Colombia, se evidenció con la visita

del presidente Kennedy a Bogotá, en diciembre de 1961.

La subordinación de los temas políticos a la agenda económica y el anticomunismo, tanto en el plano interno como en el externo, fueron rasgos invariables de la política exterior e interior de Colombia, hasta finales de la década de los 60. El 11 de noviembre de 1967, el entonces comandante de las Fuerzas Armadas colombianas, general Pinzón Caicedo, citado por Arenas (1972), expresaba:

El comandante del Ejército hace un llamado a la opinión ciudadana, consciente de sus deberes cívicos, a fin de que comprenda que la guerra presente es una guerra no solamente contra la fuerza pública (...) es sin ambages ni macarthismos, la gran guerra entre la democracia y el comunismo, llevada al teatro colombiano (p. 5).

A finales de la década del 60 e inicios de los 70, la distensión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y la creciente distancia de esta última con China, produjeron varios cambios en la escena internacional. Cambios, que se vieron acentuados por la crisis del petróleo, crisis iniciada en la antesala del conflicto árabe-israelí, con la decisión de los principales países productores de iniciar un embargo petrolero, triplicando los precios internacionales del crudo, otorgándole a los países del tercer mundo una inesperada influencia en las relaciones económicas internacionales.

En este contexto, Colombia comenzó a moverse hacia nuevos espacios internacionales, reanudando en 1968 sus vínculos diplomáticos

con la Unión Soviética, y según Cepeda y Pardo (1989), mostró una nueva actitud frente a los acontecimientos mundiales, motivado en cierta forma, por los pobres resultados económicos de su leal amistad con los Estados Unidos.

Durante el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), su canciller Alfonso López Michelsen, dio un giro a las relaciones internacionales de Colombia, al buscar estrechar las relaciones con los Estados vecinos. De esta manera se produjo una primera ruptura en la relación de alineamiento político con los Estados Unidos, al sustituir al *Respice Polum* por la *Respice Similia*, que significa “mirar a tus semejantes”. De esta manera dio impulso a un proceso de integración regional por medio del Pacto Andino, e inició su participación, aunque limitada en la UNCTAD.

Más comercio, pragmatismo y menos ideología

Los hechos antes señalados marcaron el comienzo de una fase en las relaciones internacionales colombianas, en la que los intercambios comerciales se pusieron por sobre el color de los gobiernos o el sistema político de los Estados.

La administración del presidente Misael Pastrana (1970-1974), dio pasos en ese sentido, cuando su ministro de relaciones exteriores Alfredo Vázquez Carrizosa, citado por Cepeda y Pardo (1989), manifestó ser partidario de:

Una noción pluralista de la vida internacional que no excluye la convivencia de los Estados que tengan diferentes regímenes políticos y sociales (...) a condición de que todos

ellos admitan y efectivamente respeten unos mismos principios de No intervención y libre determinación. América Latina participó en la Guerra Fría y no podría escapar a su liquidación (p. 51).

En 1973, el gobierno Pastrana, repudió el Golpe de Estado que instaló la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, y defendió activamente el derecho de asilo, abriendo las puertas del país a todos aquellos chilenos que se sintieran perseguidos por la dictadura. De esta manera, la política exterior colombiana iniciaba un gradual proceso de desideologización y apertura de su diplomacia.

Alfonso López Michelsen y la *Respice Similia* (1974-1978)

Durante la presidencia del liberal Alfonso López Michelsen, se presentó la que sería la primera ruptura frente a la política exterior de los Estados Unidos, siguiendo los lineamientos de la *Respice Similia*, buscando relacionarse con Estados en niveles de desarrollo similares a Colombia.

Según González (2004), se trataba de que en el ajedrez mundial, Colombia dejara de ser un peón de la Guerra Fría. En este sentido, López Michelsen se propuso universalizar la política internacional colombiana, que en ese momento estaba marcada por los signos económicos, de ahí que esta administración, intentara rediseñar la política internacional, buscando la emancipación económica del Estado colombiano. Pruebas de esta nueva actitud en el escenario internacional, fueron la determinación de no aceptar exi-

gencias en materia de políticas económicas por parte de organismos crediticios internacionales, el reestablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, el abierto apoyo a la suscripción del tratado Torrijos-Carter, que buscaba que Panamá asumiera el control del canal interoceánico administrado por los Estados Unidos, y la renuncia de Colombia a los créditos proyectados para 1976, por la Agencia para el Desarrollo Internacional, en adelante AID (por sus siglas en inglés). El presidente López consideraba que debían diferenciarse los créditos provenientes de fuentes internacionales multilaterales y aquellas de un Estado en particular como la AID.

En el informe que el presidente López presentó al Congreso, el 20 de julio de 1978 (final de su periodo de gobierno), manifestó que: “había tomado ímpetu para la lucha para obtener en la mesa de negociación internacional lo que nuestras masas desposeídas reclamaban a nivel doméstico, es decir, igualdad de oportunidades y no caridad, y no filantropía. Justicia en las relaciones económicas y no ayudas” (López, M., 1978, p. 151).

Julio César Turbay (1978-1982). El retorno al anticomunismo

La gestión del presidente Turbay se inició en medio de un complejo panorama social y político marcado por la internacionalización del conflicto armado y una serie de fenómenos internos y externos que afectaban seriamente la estabilidad institucional del país. A nivel interno se encontraban activas tres organizaciones guerrilleras rurales (FARC, ELN, EPL) y una urbana

(M-19)², y se destacaba la creciente autonomía de las Fuerzas Militares en el marco del Estatuto de Seguridad.

En el plano internacional, el escenario centroamericano se configuraba con una Cuba activa en la defensa y promoción de la lucha armada como medio efectivo de acceso al poder, con la Revolución Sandinista en Nicaragua³, con El Salvador en conflicto, con Granada marxista y con el fin del gobierno del demócrata Jimmy Carter y el inicio de la administración del conservador Ronald Reagan, en los Estados Unidos.

Con este telón de fondo, el presidente Turbay en el discurso de instalación de la XIII Conferencia de Ejércitos Americanos realizada en Bogotá, en 1979, y que fue publicado en la *Revista Consigna*, citada por Tokatlian (1999), señaló: “Hoy ya no es posible trazar una línea divisoria entre la subversión de carácter nativo, a la que ocasionalmente solían acudir quienes se veían marginados de toda opción de poder de sus adversarios, y la acción sedicente de los mercenarios supranacionales, que solo profesan obediencia a ideologías foráneas” (p. 305). De esta forma, se fue marcando un retorno al *Respi-*

ce Polum en el manejo de la política exterior colombiana, aunque se mantuvieron ciertas líneas de apertura iniciadas durante la administración López, tales como: asistir como país observador a la Cumbre de los Países No Alineados celebrada en La Habana, en septiembre de 1979, iniciar contactos con Yugoslavia y establecer relaciones con China Popular.

Durante el segundo año de gobierno de esta administración, los Estados Unidos, se convirtieron en el centro de la actividad internacional del Estado colombiano. De esto dejaba constancia el presidente Turbay, cuando manifestaba: “es una verdad indiscutible que nos movemos en la órbita en la que los Estados Unidos, la primera superpotencia mundial de Occidente, ejerce su mayor influencia” (Cepeda, *et al.*, 1989).

Nuevamente el anticomunismo como ideología, se convertía en un rasgo central de la política internacional colombiana. El temor que despertaba en las elites políticas, económicas y militares de Bogotá y Washington, el avance del “comunismo soviético” en el Caribe, incidió directamente en el accionar internacional de ambos Estados. El presidente Reagan, actuó con la decisión de alejar la amenaza cubano-soviética de la frontera sur estadounidense. Una de sus primeras acciones fue acusar abiertamente a Nicaragua de servir como base de acopio y distribución de armas soviéticas a los insurgentes salvadoreños y señaló a Cuba de proveer asesores y armas a las organizaciones guerrilleras centroamericanas. Acto seguido, los Estados Unidos, financiaron, armaron y asesoraron las guerrillas antisandinistas (la contra), coordinó

2. En febrero de 1980 el M-19 se toma la embajada de la República Dominicana en Bogotá, y retiene a 14 embajadores (Austria, Brasil, Costa Rica, Egipto, Estados Unidos, Guatemala, Haití, Israel, México, Santa Sede, Suiza, Uruguay y el anfitrión) y dos encargados de negocios (Bolivia y Paraguay), con el fin de lograr la liberación de todos los presos políticos, el levantamiento del Estado de Sitio y la derogatoria del Estatuto de Seguridad. La crisis de la embajada dominicana se resolvió el 29 de abril del mismo año, luego de 62 días, con la salida hacia Cuba de 17 diplomáticos, el comando guerrillero y el pago de un millón de dólares al M-19.

3. En el marco de los reclamos territoriales nicaragüenses, Managua publicó en 1980 el “Libro Blanco sobre el caso de San Andrés y Providencia” en el que declaró unilateralmente, la nulidad del Tratado Esguerra-Bárceñas, que en 1828 había definido los límites fronterizos entre Colombia y Nicaragua.

y dirigió maniobras militares desde y con Honduras, boicoteó la economía de Nicaragua, minando sus puertos e invadió la Isla de Granada en 1983 (Atkins, 1991). Por su parte, Colombia sentía que podía ser blanco de la subversión que avanzaba en Centroamérica. Para Deas (1988), tanto la insurgencia como el Ejército colombiano, seguían con interés el desarrollo de los hechos en América Central, ya que un triunfo o derrota guerrillera en El Salvador, produciría indudablemente un “efecto dominó” en Colombia.

En este sentido, dentro de las acciones desplegadas por la diplomacia colombiana, se destacan la oposición a la candidatura de Cuba al Consejo de Seguridad de la ONU en 1979, la ruptura de relaciones diplomáticas con ese Estado en 1981, las conversaciones entre militares colombianos y estadounidenses en 1982, sobre la posibilidad de instalar una base especial en la Isla de San Andrés; ese mismo año Colombia participó en la “Comunidad Democrática Centroamericana”, cuyo objetivo era la defensa diplomática del gobierno salvadoreño y el ataque a la revolución sandinista (Tokatlian, 1994); Colombia también rechazó la declaración franco-mexicana, que recomendaba la negociación entre el Gobierno y la guerrilla salvadoreña; apoyó a Inglaterra en la guerra de las Malvinas⁴, también envió tropas a la fuerza de pacificación del Sinaí. Cabe destacar que el Gobierno del presidente Turbay, envió 800 soldados al Sinaí, previa advertencia del Departamento de Estado,

de que si no enviaba tropas, la administración Reagan, no haría ningún esfuerzo por lograr que el Senado ratificara el Tratado Vásquez-Saccio (en trámite desde 1972), este tratado cedía la soberanía a Colombia sobre los cayos de Quitasueño, Roncador y Serrana, disputados en el Caribe (con Nicaragua).

Para la administración Turbay, el alineamiento incondicional con los Estados Unidos, buscaba materializar proyectos de inversión y fortalecer la defensa nacional, deteriorada por el narcotráfico y la insurgencia interna. Al finalizar su gobierno, Colombia se encontraba aislada de la región.

Belisario Betancur (1982-1986). De la independencia relativa a la dependencia involuntaria

Durante el gobierno de Belisario Betancur, por lo menos durante sus primeros dos años de administración, se da otra ruptura con respecto al alineamiento con Washington. En su momento, fueron muy comentadas las declaraciones que entregó a la revista *Newsweek* (23 de agosto de 1982), citadas por González (2004), en las que afirmó que: “el Gobierno de Washington trataba con desdén a Colombia, y añadió que nuestro país no deseaba ser satélite de ninguna superpotencia ni de Estados Unidos” (p. 269). De hecho, en diciembre de 1982 durante la visita realizada por el presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan a Bogotá, el presidente Betancur hizo críticas al orden económico mundial y al papel desempeñado por los Estados Unidos en él. Propuso una nueva alianza social sin dependencias

4. Varios países del continente repudiaron esta postura contra Argentina, llegando Colombia a ser tildada como el Caín latinoamericano (Gálvez, 2002).

de ningún tipo. En algunos apartes de su discurso, citado por Cepeda y Pardo (1989), señaló:

No ha sido este el monólogo del hermano pobre frente al hermano rico, ni del amigo condicionado con el amigo incondicional, pues no solo somos incondicionales de nuestra conciencia, sino del análisis objetivo y respetuoso entre iguales en la comunidad jurídica internacional. Por ello hemos entendido que debemos hacer de la no alineación, nuestra filosofía para buscar la propia identidad (p. 80).

En este sentido, el Gobierno colombiano desplegó una labor internacional que buscaba complementar su labor interna en favor del diálogo y la salida política negociada al conflicto armado. La administración Betancur, sostenía que el vínculo entre el conflicto armado interno y la guerra en Centroamérica era directo, por lo cual le apostó a la búsqueda de la paz negociada en ambos frentes. De ahí, que se desprendiera de un elemento que había sido clave en la política exterior del gobierno anterior: el anticomunismo, sin esta decisión era imposible el inicio de diálogos que condujeran a escenarios de reconciliación con la insurgencia colombiana. En este sentido, en un discurso pronunciado en la Escuela Superior de Guerra, en mayo de 1983, el mandatario afirmó: “en ocasiones hemos estado alejados del escenario de decisiones del área del Caribe, que nos es propio y natural (...) creemos en la indivisibilidad de la paz y somos conscientes de que ella no se logra tan solo con la acción dentro de las fronteras y casi siempre se pone en peligro fuera de ella en un mundo profundamen-

te interrelacionado” (Betancur, 1983, p. 117).

En esta línea, Colombia asumió audaces posturas en el plano internacional al incorporarse de lleno en el grupo de los No Alineados, al buscar multilateralmente salida a problemas de la región como la deuda externa, la que entrelazó con la promoción del desarrollo económico sostenido y equilibrado que permitiera la superación de la pobreza y posibilitara la estabilidad político-institucional. También se involucró activamente en la búsqueda de la paz en Centroamérica, al ser miembro del “Grupo de Contadora”, conformado por México, Panamá, Venezuela y Colombia, en enero de 1983. Este foro multilateral nace entre otras cosas por la falta de conexión del Sistema Interamericano con el conflicto centroamericano y además consideraba que este conflicto era ocasionado por las condiciones socio-políticas de las sociedades centroamericanas y no por la influencia de Cuba o la Unión Soviética, sobre las insurgencias locales.

El grupo propuso mediar en la negociación de la resolución pacífica del conflicto centroamericano. Redactó un listado de 21 principios destinados a posibilitar los diálogos entre Nicaragua y los Estados Unidos y, entre la insurgencia y el gobierno salvadoreño. Dentro de los principios se destacan: Limitar el flujo de armamentos, retirar los asesores extranjeros (cubanos, estadounidenses y de Europa Oriental), prohibir el establecimiento de bases extranjeras y suspender el apoyo a los insurgentes (Atkins, 1991).

Esta nueva diplomacia por la paz, como la denominó Tokatlian (1999), no se agotó en el contexto centroamericano, ya que en 1983 du-

rante la invasión de los Estados Unidos a Granada, Colombia fue mediador en el proceso que permitió la salida del destacamento cubano desde la isla agredida. Gracias a esta acción, Fidel Castro remitió dos cartas a la guerrilla colombiana del ELN, para que liberara de manera unilateral e inmediata (como sucedió), al hermano del presidente, Jaime Betancur.

Para la segunda mitad de su mandato, las dificultades internas en torno a la concreción de la paz, el creciente poder político y económico del narcotráfico y la imposibilidad de evitar la influencia de los Estados Unidos en los asuntos de seguridad interna, fueron minando su autonomía en el plano internacional. Según Tokatlian (1999), cuando en 1984 el embajador de los Estados Unidos en Colombia, Lewis Tambs acuñó el concepto “narcoguerrilla” para definir la naciente alianza entre guerrilla y narcotráfico, buscaba eliminar cualquier frontera que existiera entre la estrategia de paz (contrainsurgente) del Gobierno colombiano y la percepción de amenaza que el narcotráfico representaba para la región.

El asesinato en 1984 del Ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, llevó a que Colombia cediera ante las presiones de los Estados Unidos y en 1985 implantara la extradición. La crisis de endeudamiento interno, terminó de acercar a la administración Betancur a los Estados Unidos, ya que la mediación de Washington ante el FMI era fundamental para la obtención de los recursos que necesitaba.

Por último, la toma del Palacio de Justicia en noviembre de 1985 por parte del M-19, condujo

al Gobierno colombiano a un cambio drástico en el manejo del orden público asumiendo una posición de mano dura contra la insurgencia. En este contexto, el presidente Betancur, definió al M-19 como un movimiento terrorista, portador de un proyecto terrorista (Tokatlian, 1999, p. 311-312).

Al final del gobierno Betancur, el perfil internacional de Colombia, se había reducido visiblemente y el respaldo desde y hacia los Estados Unidos, en la lucha contra el narcotráfico y el manejo del orden público, era total, lo que en términos prácticos se traducía en una vuelta al *Respice Polum*.

Virgilio Barco (1986-1990). El reencuentro con el tercer mundo y la emergencia del narcotráfico

El gobierno del liberal Virgilio Barco inició su actividad internacional realizando esfuerzos por ampliar las relaciones internacionales colombianas, tratando de evitar las consideraciones ideológicas, buscando de esta manera la diversificación e impulsar las relaciones comerciales y económicas con la mayoría de Estados y bloques regionales posibles. Para este gobierno las relaciones internacionales debían ser conducidas por principios económicos y no políticos (González, 2004). La administración Barco, si bien no rompió totalmente con la tradición de alineamiento con los Estados Unidos, sí generó un nuevo estilo en el manejo de la política internacional. En cierta forma, la estrecha coincidencia con Washington, en torno al tema de las drogas ilícitas le permitía al Gobierno co-

lombiano mantener diferencias en otros temas de la agenda binacional. Al respecto Tokatlian (1994), sostiene que con respecto a los Estados Unidos, el disenso político no alteró el consenso económico.

La actividad internacional del Gobierno Barco, se construyó sobre tres ejes centrales: el primero consistió en descentroamericanizar la política exterior, buscando nuevos espacios en el Pacífico, el segundo se basó en tener un especial cuidado en la relación con los Estados Unidos y el tercero, buscaba propiciar por medio de un manejo conservador de la economía una mejoría sustancial en su trato con los organismos económicos multilaterales, aunque esto limitara sustancialmente su autonomía financiera.

La administración Barco consideraba que Colombia debía prepararse para la nueva realidad internacional, por lo cual, el énfasis de su política exterior tenía que estar en la Cuenca del Pacífico. En su informe al Congreso Nacional el 20 de julio de 1990, citado por González (2004), el presidente Barco, señaló que:

Colombia debe prepararse para responder a la nueva realidad. Debe servir, junto con otros países latinoamericanos, de puente con el nuevo mundo, como algunos han denominado a la comunidad del Pacífico, del Atlántico. Inexplicablemente hemos vivido a espaldas del Pacífico. Ha llegado la hora de corregir este error histórico para beneficio de toda Colombia (p. 274).

En paralelo, Colombia estaba dentro de los No Alineados, tratando de mantener alguna autonomía frente a Washington (Cardona, 1990).

Como prueba de su relativa autonomía internacional, Colombia mantuvo y amplió los contactos iniciados durante el gobierno anterior con Cuba, a pesar de que los contactos diplomáticos formales estaban suspendidos desde 1981, los puntos de encuentro entre ambos países se hicieron frecuentes. Fruto del mejoramiento en las relaciones binacionales, Colombia y Cuba, suscribieron el 12 de diciembre en la ciudad de Barranquilla, un Acuerdo de alcance parcial por medio del cual ambos países pretendían incrementar su intercambio comercial otorgando preferencias arancelarias recíprocas. Callejas y González (1998) señalan que la relación con Cuba, no solo se dio en plano bilateral, también se proyectó en escenarios multilaterales, tal como sucedió en 1989 en el marco de la comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en la que Colombia trató por medio de abstenciones y votos en contra de los Estados Unidos, evitar una condena política contra el gobierno de la isla, por la situación interna de Derechos Humanos. Un año después ambos países coincidieron en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y junto a Malasia y Yemen, conformaron el Grupo de los Cuatro, en el cual unificaron posiciones frente a la crisis del Golfo Pérsico, la independencia de Namibia, los territorios árabes ocupados por Israel y la invasión de los Estados Unidos a Panamá. En el plano de la política interna colombiana, Cuba ofició como país facilitador en el proceso de negociación que culminó con la desmovilización y reinserción a la vida civil del M-19, y además contribuyó internacionalmente para que Colombia no fuera

sancionada por la delicada situación de derechos humanos que atravesaba internamente.

Hacia el final de la administración Barco (1989-1990), el asesinato de tres candidatos presidenciales⁵ y el auge del narcoterrorismo, generaron una peculiar percepción de la situación colombiana en Europa occidental, ya que en el país latinoamericano, se entrecruzaban diferentes tipos de violencia, altos niveles de violaciones a los Derechos Humanos, todo dentro de una marco institucional relativamente estable, es decir, Colombia se presentaba como un país amenazado que luchaba frontalmente contra el narcotráfico, razón por la que Europa occidental, le concedió preferencias comerciales en 1990 (Tokatlian, 1999).

En términos generales el gobierno Barco, logró su objetivo de diversificar las relaciones internacionales de Colombia, al establecer relaciones diplomáticas con 27 países africanos, 10 estados asiáticos y 4 naciones de Oceanía. Mantuvo su no alineamiento internacional y optó por la búsqueda de la unidad latinoamericana.

César Gaviria (1990-1994). Un nuevo escenario internacional con los mismos problemas internos

La administración del presidente Gaviria, se inicia con el fin de la Guerra Fría como telón de fondo. Este nuevo escenario internacional abría posibilidades de acercamiento entre Estados históricamente lejanos en sus relaciones diplomá-

ticas. Dentro de los propósitos más relevantes en materia de política internacional de este Gobierno, se encontraban: la ampliación de los intercambios comerciales con diversos Estados, la internacionalización de la economía colombiana y la búsqueda del fortalecimiento de la capacidad negociadora de la región.

Para Cardona y Tokatlian (1991), el presidente Gaviria, dio continuidad a las políticas internacionales del gobierno anterior, al conservar a varios funcionarios de la antigua administración y mantener el énfasis en los temas económicos, buscando una mayor apertura hacia el exterior, defendiendo siempre el Derecho y las instituciones internacionales.

En cuanto al tema del conflicto interno y la paz⁶, el presidente Gaviria, reconocía la estrecha conexión existente entre la política internacional y la paz interna. De ahí que en agosto de 1991, en el marco del “Segundo Encuentro por la Paz y la Integración”, señalara que:

No puedo abandonar este tema sin recordar la afirmación de Galán cuando decía que la política internacional debe ser coherente con los intereses de la paz interna. Es decir, la política internacional debe apoyar y reflejar la búsqueda de soluciones pacíficas, la voluntad de resolver los conflictos mediante el diálogo, el respeto al pluralismo, la defensa de los derechos fundamentales, el compromiso con los valores y principios de la democracia

5. Luis Carlos Galán (Partido Liberal), Carlos Pizarro Leongómez (AD M-19), Bernardo Jaramillo (Unión Patriótica).

6. Durante su gobierno se adelantaron con éxito Diálogos de Paz con las organizaciones guerrilleras del Ejército Popular de Liberación (EPL), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Movimiento Armado Quintín Lame y la Corriente de Renovación Socialista (CRS).

cia. Es por ello que nuestra política internacional va de la mano con nuestra política interna. La paz no es posible si lo que predicamos adentro lo traicionamos afuera (1992, p. 272-273).

En este sentido, Colombia junto a España, México y Venezuela conformaron, con la anuencia del Secretario General de la ONU, y con el visto bueno de los Estados Unidos, el Grupo de Apoyo al proceso de Paz en El Salvador, que condujo al acuerdo definitivo de paz en 1992; y durante la Firma del Acuerdo Marco entre la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y el gobierno de Guatemala, las partes solicitaron que Colombia, España, Estados Unidos, México y Venezuela conformaran el grupo de países amigos del proceso de paz guatemalteco. Además, Colombia buscó en la OEA la restitución en el poder del presidente electo de Haití, Jean Bertrand Aristide, quien había sido derrocado por un Golpe de Estado en 1991 (Tokatlian, 1999).

En cuanto a los vínculos con Cuba, afianzados durante la administración anterior, finalmente en octubre de 1991 se reactivaron las relaciones diplomáticas formales entre Colombia y la isla. Este hecho, impactó directamente en la situación de orden público y los derechos humanos en Colombia⁷.

En el plano multilateral, Colombia se vinculó

a la Asociación de Estados del Caribe (AEC), en julio de 1994 y obtuvo la presidencia del grupo de los países No Alineados. Al final de su mandato, el narcotráfico y los derechos humanos pasaron al centro de la agenda internacional, lo que limitó sus márgenes externos de maniobra, ya que necesitaba de los Estados Unidos, para la contención y resolución del complejo problema de las drogas, que para ese momento amenazaba seriamente la institucionalidad del Estado colombiano. Según Garay, Angulo y Cadena (1994), en el plano económico, Washington jugó un papel determinante en la consecución del crédito Hércules por un valor de US\$ 1.775 millones de dólares para el periodo 1991-1994.

Ernesto Samper (1994-1998). La narcotización de las relaciones exteriores

La administración del presidente liberal Ernesto Samper se inició con serios tropiezos en sus relaciones con los Estados Unidos, en gran medida por el escándalo que produjo la confirmación del ingreso de dineros del narcotráfico (Cartel de Cali) a su campaña presidencial. En el plano interno, la agravación sostenida de las violaciones a los derechos humanos, hizo que la comunidad internacional percibiera esta situación como un signo de debilidad estatal. En este contexto, el Gobierno creó una comisión para el esclarecimiento de las masacres de Trujillo (Valle del Cauca), aceptó la presencia en Colombia de una oficina permanente del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, y en la búsqueda de la humanización del conflicto armado, presentó al Congreso para

7. El 2 de abril de 1996 Juan Carlos Gaviria Trujillo, hermano del expresidente colombiano y entonces Secretario General de la OEA, César Gaviria Trujillo, fue secuestrado por el Movimiento Dignidad por Colombia, ligado al Movimiento Armado Jorge Eliécer Gaitán (JEGA). Su liberación se dio el 13 de junio del mismo año, con la mediación activa del gobierno cubano.

su aprobación el Protocolo II adicional a los IV Convenios de Ginebra.

En 1995, Samper asumió la presidencia del movimiento de los países No Alineados. Lo que se presentaba como una oportunidad de adquirir reconocimiento y dinamismo en su actividad internacional, se subvaloró y dilapidó entre otras cosas por la falta de análisis y planeación sobre los verdaderos alcances, costos y beneficios de esta responsabilidad internacional, la ausencia de un consenso político interno y por el estigma que siguió al movimiento desde el momento de su fundación. Según Socorro Ramírez, citada por González (2004): “el país se vio embarcado en la mayor responsabilidad de su historia sin que la decisión hubiera sido previamente debatida por nadie y sin que ningún sector de la sociedad, ni el mismo Gobierno, supiera con claridad las consecuencias, sus costos o beneficios, desde luego, sin plan ni estrategia premeditada para rentabilizar a favor de los intereses nacionales” (p. 278).

Según Rojas (2006), la crisis del Gobierno Samper, evidenció hasta qué punto el narcotráfico se había instalado en la sociedad colombiana lo que encendió las alarmas en los Estados Unidos sobre la real posibilidad de estar en presencia de un Estado controlado por el crimen organizado. La creciente importancia de Colombia en la economía global de la cocaína y el aumento sostenido de los vínculos entre organizaciones armadas (insurgentes y contrainsurgentes) con la economía de la droga, fueron escalando sostenidamente el conflicto armado, lo que llevó a los Estados Unidos a aplicar a fondo

la estrategia antinarcóticos, debilitando de esta manera las políticas estatales con respecto a la resolución del conflicto armado, ya que por un lado limitó los espacios de negociación y por el otro, incrementó las tensiones con los sectores sociales afectados directamente por las políticas antidrogas, como el caso de las poblaciones afectadas por las fumigaciones aéreas, de hecho, estas poblaciones empezaron a considerar a la guerrilla como defensora de su *modus vivendi* (Vargas, 1999).

Durante la administración Samper, los Estados Unidos buscaron evitar que Colombia se convirtiera en una narcodemocracia, llegando por primera vez en más de 30 años de conflicto armado a deslegitimar públicamente a un gobierno colombiano. El hecho de cancelarle la visa estadounidense al presidente Samper, y la descertificación en los años 1996 y 1997. Para el final de la administración Samper, el Departamento de Defensa norteamericano, afirmaba que las organizaciones armadas debido a su relación con el narcotráfico habían alcanzado altos niveles de sofisticación y representaban la mayor amenaza a los militares colombianos. Desde ese momento la agenda bilateral si bien mantenía el problema de las drogas como eje central, empezaba a ser atravesada con mayor frecuencia por el conflicto armado (Rojas, 2010).

Andrés Pastrana (1998-2002). De la ayuda antinarcóticos a la intervención internacional en el conflicto armado colombiano

La administración del presidente Andrés Pastrana se inició con un proceso de negocia-

ción política con la guerrilla de las FARC-EP. La estrategia de paz de este Gobierno buscaba la máxima participación de la comunidad internacional en el proceso de negociación, poniendo su énfasis en los Estados Unidos. Esta situación se evidenció durante la visita que efectuó el presidente Pastrana a Washington en octubre de 1998, en esta reunión ambos mandatarios acordaron la “Alianza contra las drogas ilícitas”, esta sería la base de las relaciones binacionales durante este cuatrienio.

Hasta ese momento, el Departamento de Estado afirmaba que era posible replicar en Colombia el marco estratégico utilizado en El Salvador a fines de los 80. Desde esta perspectiva se evita la participación directa de tropas y se promueve la asistencia técnica sostenida por medio de entrenamiento, tecnología de inteligencia y equipos especializados, con el objetivo de debilitar a la insurgencia y forzar su decisión de negociar.

El apoyo de los Estados Unidos a la negociación de paz, se precarizó como consecuencia del asesinato de tres indigenistas norteamericanos a manos de las FARC-EP en marzo de 1999. La postura de Washington, con respecto a las FARC-EP se hizo manifiesta por medio de la visita en agosto de 1999 de Thomas Pickering, quien para ese momento, era el tercer funcionario en orden de importancia dentro del Departamento de Estado norteamericano. Pickering manifestó la preocupación de su Gobierno con respecto a la forma en que se estaba conduciendo la “Zona de Despeje” y los abusos que ahí se estaban presentando. Desde ese momento, los Estados Unidos condicionaron la continuación

de su apoyo a Colombia⁸, al diseño de un plan coherente para la lucha contra el narcotráfico, a lo que el Gobierno colombiano accedió sin condiciones (González, 2004).

De esta manera, el Plan Colombia que según Rojas (2006), en 1998 había sido presentado por el mandatario colombiano, como una especie de Plan Marshall para el desarrollo económico y social, enfocado hacia la reconstrucción del país en el marco del postconflicto, pasó rápidamente a ser la base de la estrategia antidrogas de los Estados Unidos, para toda la región Andina. El Plan Colombia combinó medidas antidrogas como el control de precursores químicos, la fumigación de cultivos ilícitos, destrucción de laboratorios, decomiso de cargamentos e interdicción aérea; y estrategias de recuperación del control estatal de las zonas productoras de droga. De ahí, que en su primera fase, el Plan se dirigiera hacia los departamentos de Putumayo y Caquetá, principales productores de cocaína y militarmente controlados por el Bloque Sur de las FARC-EP. En su segunda fase las operaciones antidrogas debían mirar al centro y sur-occidente del país y por último, las acciones se extenderían al resto del país. En el despliegue territorial del Plan, jugaban un papel fundamental los batallones militares antinarcóticos, entrenados y equipados por los Estados Unidos. Estos, pasaron a ser el componente militar de la política antidroga.

En la práctica, el Plan Colombia se convirtió

8. En 1999, Colombia era el tercer país del mundo en recibir más ayuda militar de los Estados Unidos.

en el primer paso del involucramiento directo de los Estados Unidos en el conflicto armado colombiano, ya que a pesar de manejar con relativa cautela la autonomía de Colombia con respecto al manejo de su conflicto interno, hay temas de su agenda propia en Colombia que fueron afectados por el conflicto armado, es por eso que decidió involucrarse activamente en su resolución. Temas como el narcotráfico, la democracia, los derechos humanos, y la falta de garantías de seguridad para sus inversiones, se vieron cada vez más impactados por el escalamiento y degradación de la guerra en Colombia (Rangel, 2001).

No fueron pocas las críticas que despertaron el Plan Colombia y su aplicación, por su carácter militarista e intervencionista, por ejemplo el Parlamento Europeo en su declaración de febrero de 2001, citada por González (2004), expresa su total respaldo al proceso de paz y a la solución concertada del conflicto, reconociendo sus dimensiones políticas y sociales. En la misma línea, la investigadora María Pinto (2001) se refería a la aplicación del Plan Colombia, desde el punto de vista de algunos voceros del Gobierno venezolano, los que en diversas oportunidades habían hecho referencia a que este podía provocar un desequilibrio militar en esta región, particularmente entre Colombia y Venezuela. Considerando que la preocupación en torno al desequilibrio militar en la región Andina pudiera conducir a la peligrosa e inconveniente lógica de propiciar un incremento del gasto militar en la región, si se parte de una apreciación errada de las motivaciones que originan el aumento del gasto bélico en Colombia.

La cooperación militar con los Estados Unidos, durante el Gobierno Pastrana, en palabras del propio expresidente, citadas en Vargas (2010), se tradujo en 74 helicópteros, 4 buques patrulleros *Point Class*, 2 aviones para el apoyo logístico de las Fuerzas Navales, 5 aviones Scweitzer (se capacitaron sus tripulaciones), la modernización de las bases de Tolemaida y Larandia, se actualizó la aviación existente, se mejoraron los sistemas de aviónica de los helicópteros de la Armada y se dotó un avión de reconocimiento (p. 137).

El fracaso del proceso de paz, le dio la razón a los que apostaban por el desarrollo de una salida militar al conflicto. El involucramiento de las FARC-EP en todas las fases de producción y comercialización de la cocaína, hizo que el combate a la guerrilla y el combate al narcotráfico se volvieran uno solo, eliminando cualquier diferencia entre rebeldes y delincuentes.

CONCLUSIONES

Del anterior análisis puede afirmarse que si bien la política exterior colombiana ha buscado la universalización de su diplomacia, la relación con los Estados Unidos ha sido el eje sobre el cual ha gravitado el grueso de su actividad internacional, ya sea limitándola o condicionándola, llegando a producir claros rasgos de dependencia en lo económico, lo político y recientemente en temas de seguridad interna. Si bien esta dependencia ha sido continua, ha habido intentos de generar rupturas en esta, pero distintos factores han mantenido en el tiempo dicha continuidad, teniendo como marco político-filosófico el *Respice Polum*.

A *grosso modo*, en este proceso de dependencia, se pueden encontrar tres momentos diferentes con un eje específico. Un primer momento fundado en el anticomunismo (1958-1970), un segundo momento marcado por la necesidad de mercados y empréstitos (1974-1990), un tercer momento centrado en el combate al narcotráfico y el terrorismo (1990-2002). Las consecuencias más directas de esta situación fueron:

1. El marcado distanciamiento de la región y la desconfianza de sus vecinos, impactando directamente las condiciones migratorias de sus nacionales y a un sector importante de sus exportaciones.
2. La violación del Derecho Internacional, como sucedió en el ataque al campamento del comandante guerrillero Raúl Reyes, en la selva ecuatoriana.
3. El descuido y subvaloración de importantes espacios políticos y comerciales, como Europa y América Latina y el Caribe, precisamente los espacios en los que la actividad internacional de la insurgencia tuvo sus mayores desarrollos. Es decir, la diplomacia de la insurgencia armada no tuvo contrapeso estatal. Tal y como lo manifestó el expresidente Álvaro Uribe Vélez, en abril de 2009 en el marco de la Conferencia Anual de Ejecutivos, realizada en Ciudad de Panamá, y que publicó el espectador.com: “Tuvieron una gran diplomacia internacional que superó a la cancillería colombiana porque no se les enfrentó debidamente”.

Esta situación se ha visto agravada entre otros factores por el marcado personalismo con

que los presidentes colombianos han encarado la política exterior del país, lo que evidencia la ausencia de una política de Estado que persiga objetivos internacionales de largo plazo.

REFERENCIAS

- Arenas, J. (1972). *Diario de la Resistencia de Marquetalia*. Bogotá: Oveja Negra.
- Atkins Pope, G. (1991). *América Latina en el sistema político internacional*. Buenos Aires: GEL.
- Betancur, B. (1983). *Nuestra Patria es América*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Cardona, D. (1990). “La administración Barco y los No Alineados”. En: *Revista Colombia Internacional*. Bogotá.
- Cardona, D. y Tokatlian, J. (1991). “Los desafíos de la política internacional colombiana en los noventa”. En: *Revista Colombia Internacional*. Bogotá.
- Cepeda, U. y Pardo, R. (1989). “La política exterior colombiana”. En: *Nueva Historia de Colombia*. Tomo II. Bogotá: Editorial Planeta.
- Deas, M. (1988). “El proceso de paz colombiano, 1982-1985 y sus implicaciones para Centroamérica”. En: *Documentos Ocasionales*. Bogotá.
- Díaz Callejas, A. y González, R. (1998). *Colombia y Cuba. Del distanciamiento a la cooperación*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- Garay, L.; Angulo, A. y Cadena, C. (1994). *Cultura de negociación: la experiencia de la deuda externa*. Bogotá: CEREC-FESCOL.

- Gaviria, C. (1992). *Política internacional: Discursos*. Santafé de Bogotá: Imprenta Nacional.
- González Arana, R. (2004). "La política exterior de Colombia a finales del siglo XX. Primera aproximación". En: *Investigación y Desarrollo*. Barranquilla, Vol. 12, No. 2.
- Leal Buitrago, F. y Tokatlian, J. (Compiladores) (1994). *Orden Mundial y Seguridad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, IEPRI.
- Lizarazo, N. (1990). "Política exterior colombiana 1962-1966: Anticomunismo, multilateralismo e integración fronteriza". En: *Revista Colombia Internacional*. No. 10. Bogotá.
- López Michelsen, A. (1978). *Testimonio final*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Pardo, R. (1987). "La política exterior de la administración Barco". En: *Análisis Político*, No. 2. Bogotá.
- Pardo, D. y Cardona, D. (1995). "El procedimiento de la certificación y las relaciones entre Colombia y los Estados Unidos". En: *Revista Colombia Internacional*, No. 29. Bogotá.
- Pinto, M. (2001). "El Plan Colombia y los Procesos de Integración Subregional Andina. Visión desde Venezuela". Universidad Central de Venezuela, Ponencia preparada para ser presentada en el XXIII Congreso Latin American Studies Association. Washington, D.C.
- Rangel, A. (2001). *Guerra contrainsurgente, conflictos armados en Malasia, Perú, Filipinas, El Salvador y Colombia*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Rojas, D. (2006). "Los Estados Unidos y la guerra en Colombia". En: Gutiérrez, F.; Wills, M. y Sánchez, G. *Nuestra guerra sin nombre*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Rojas, D. (2010). "La Alianza para el Progreso en Colombia". En: *Análisis Político*, No. 70. Bogotá.
- Tirado Mejía, Á. (1989). "El Gobierno de Laureano Gómez, de la dictadura civil a la dictadura militar". En: *Nueva Historia de Colombia*. Tomo II. Bogotá: Editorial Planeta.
- Tokatlian, J. (1994). "La política exterior del Gobierno del presidente Virgilio Barco: En busca de la autonomía perdida". En: *El gobierno de Barco. Política, economía y desarrollo social en Colombia, 1986-1990*. Bogotá. Fedesarrollo-Fondo Cultural Cafetero.
- Tokatlian, J. (1996). "Pos-guerra fría y política exterior". En: *Análisis Político*, No. 28. Bogotá.
- Tokatlian, J. (1999). "Las diplomacias por la paz". En: Camacho, Álvaro y Leal Buitrago, Francisco (Compiladores). *Armar la paz es desarmar la guerra. Herramientas para lograr la paz*. Bogotá: FESCOL, IEPRI, CEREC.
- Tokatlian, J. (2000). "La mirada de la política exterior de Colombia ante un nuevo milenio: ¿ceguera, miopía o estrabismo?". En: *Revista Colombia Internacional*, No. 48. Bogotá.
- Turbay, J. (1959). *Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

- Turbay, J. (1961). “La operación panamericana”. En: *Política Internacional de Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Valencia, Á. (1992). *Testimonio de una época*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Van Klaveren, A. (1983). “El lugar de Estados Unidos en la política exterior latinoamericana”. En: Drekonja, G. y Tokatlian, J. (editores). *Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana*. Bogotá: CEREC-Uniandes.
- Vargas, R. (1999). *Drogas, máscaras y juegos. Narcotráfico y conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Vargas, A. (2010). “Seguridad democrática, conflicto interno armado y su regionalización”. En: Vargas, A. (editor). *Seguridad en democracia; un reto a la violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, Colección Grupos de Trabajo.